

OTRAS RAZONES

LO VALEDERO

Hay cosas que son valederas, aunque no sean valiosas ni válidas. La tecnología se basa en el constante paso de lo valedero a lo valioso, de lo que sirve, a lo óptimo. Este principio, reflejado en la frase de Peugeot cuando probó su nueva caja de cambios, «es brutal pero funciona», rige también en las costumbres sociales y en los sistemas políticos. Las Dictaduras son brutales, pero funcionan. Valen, aunque no son valiosas ni válidas. La costumbre del «ya vale», iniciada entre nosotros a comienzos de los años cincuenta, cuando parecía eterna la frustración de la libertad y de la creatividad, no sólo refleja una actitud de conformismo ante lo insuficiente, sino que hace de la insuficiencia una meta personal, un estándar moral y un ideal social. Decir «vale» ante toda proposición, en lugar de «conforme» o «bien», denota que en la escala de valores sociales prima lo valedero sobre lo valioso, lo suficiente o bastante sobre lo necesario, lo aparente sobre lo real. Esto quiere decir que se juzgan las instituciones no por lo que son ni por lo que representan, sino por la eficacia que demuestran para salir del paso. Así, los objetos morales se transforman en objetivos a la vista, los medios en fines. Y los valores inherentes a los objetos se evaporan.

Esta perversión en la escala de los valores explica el éxito de la Reforma liberal de la Dictadura y la traición de los partidos al movimiento por la Ruptura Democrática: De forma mediocre y acomplejada, la Reforma valía para sacar al Estado español del aislamiento, homolagarlo con los europeos, legalizar a los partidos y otorgar las libertades individuales. Contagiados del «ya vale», los partidos emergentes de la ilegalidad ni siquiera se preguntaron por qué habían luchado tanto tiempo antes por la libertad política y la democracia. ¡Qué más daba la naturaleza oligárquica del Estado reformado y que las libertades otorgadas no permitieran definir la forma de Gobierno ni la representación de los electores, si el sistema valía ante el mundo tanto como la democracia! ¡Qué importaban las consecuencias de la traición de la izquierda a sus ideales (consenso de pensamiento único, descenso de la productividad laboral, terrorismo separatista, golpe de Estado, corrupción institucional, autonomías sin causa, nacionalismos exacerbados, destrucción del idioma y la historia, apartheidismo, oligopolio en los medios de comunicación, demagogia en Universidades y Hospitales, mitomanía en el discurso público, premio al demérito y la deslealtad, perjurios, etcétera), si los partidos recibían en el acto no ya la simple legalidad, sino la elevación a órganos del Estado y financiación pública!

Cuando la Comisión de los nueve, salida de la Platajunta, designó a cuatro delegados (Sátrústegui, Cañellas, Jáuregui y González) para entrevistarse con Suárez, la oposición estaba ya entregada en



cuerpo y alma al «yavalismo» de la Reforma. El único mandato que recibieron esos delegados fue el de no transigir con la ley electoral, más importante para el destino personal de los jefes, que la libertad

de los gobernados para decidir por sí mismos la forma de Estado y de Gobierno, y que la solidaridad con el PC, inicialmente excluido del reparto del poder, y con los partidos republicanos o de izquierdas (ARDE, Izquierda Republicana, MC, Partido del Trabajo, etcétera), definitivamente excluidos del cotarro. Desde la perspectiva moral y cultural, nada tiene de extraño que el desgraciado pueblo del «ya vale» prefiriese lo valedero de la Reforma a lo valioso de la Ruptura. Estaba acostumbrado a vivir en la oscuridad. Y las pálidas luces de las libertades otorgadas le deslumbraron. Pero hoy puede ver que el «yavalismo» ha valido para devolver el poder al sitio social donde estaba antes de la Reforma. Situación imposible de imaginar si hubiese preferido lo valioso de la Ruptura: un ideal realizable de libertad fundadora de valores permanentes.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

CAMBIOS EN FRANCIA

La brillante operación que la Guardia Civil ha desarrollado en Francia contra el «aparato logístico» de Eta y la controversia que se ha suscitado por la actuación del comisario Roger Marion, al que algunos sectores imputan haber retrasado la realización de una serie de detenciones, puede provocar una serie de cambios entre las personas que en el vecino país tienen las responsabilidades antiterroristas.

Lo cierto es que rumores hay y están muy extendidos, según le comentan a Juan Bravo desde el sur de Francia. Las antiguas buenas relaciones que, en el marco de la lucha contra Eta, existían entre Marion y la jueza

encargada de los asuntos de terrorismo, Laurence le Vert, no pasan por su mejor momento. La magistrada, de la que algunos compañeros comentan que lleva demasiados años en el puesto, llamó a a declarar días pasados a un periodista francés que se había hecho eco de las disfunciones ocurridas en la referida operación contra Eta.

La situación preocupa en las más altas instancias del país vecino y los que hablaban con J.B. dicen que va a haber decisiones, pero como se ha dicho tantas veces y nunca ha ocurrido nada...

Juan BRAVO

SOLUCIÓN POLÍTICA, NINGUNA

Las porras, las puñetas y las leyes de emergencia se bastan y se sobran para terminar con el contencioso vasco. De negociación, diálogo, encuentro, conversación o cualquier medio de solución pacífica o política, nada de nada. Allí no hay problema político alguno y, por tanto, no caben fórmulas, salidas o soluciones políticas. Aznar y Mayor han prometido un triunfo completo, la aplastante victoria del Estado y la más ominosa derrota de Eta, sin más armas que la policía, los jueces, las cárceles y los paquetes normativos de excepción que de vez en cuando se sacan del monte para pasearlos en júbilo por la faz celtibérica entre vítores y ovaciones del personal, sobre todo de los juristas orgánicos, que están dispuestos a defender que las bombas nucleares amigas son prenda de justicia y paz. Aquí no se admite que nadie ofrezca su apoyo a una solución pacífica. El que lo hace, sea cual fuere su coturno, pasa de inmediato a engrosar la relación de sospechosos, cómplices o encubridores de los terroristas. No es considerado jamás como persona pacífica, de buena voluntad y excelente fe. Si de veras es pacífico, debe exigir la multiplicación de la violencia institucional, legítima o no, contra la violencia terrorista.



Los que no quieren violencia alguna son filoetarras que se disfrazan de pacifistas para disimular su eterno contubernio contra el orden constitucional y la paz pública. Sepulcros blanqueados a la sombra de grandes conspiraciones crimi-

nales contra la patria común e indivisible. Ya se sabe que los sepulcros blanqueados nunca lo han sido al sol.

El Vaticano no ha medido bien sus palabras pese a ser un maestro multisecular en mediciones. Según su portavoz—muy inteligente y querido primo Joaquín—el secretario de Estado vaticano, un tal Tauran, se había reunido por separado con Mayor y con Ibarreche a raíz de la canonización de una beata vasca. Tras expresar su enérgica condena «por el terrorismo de Eta y por cualquier otra forma de violencia, también analizaron—dijo el portavoz—las perspectivas presentes y futuras sobre la deseada solución pacífica, así como la contribución que puede seguir ofreciendo la Iglesia católica a esa solución». Palabras prudentes y hasta ambiguas, propias de quien habla como anda un cazador sioux. ¡La que se ha organizado! Fuentes aznaristas han salido inmediatamente al quite asegurando que en este momento no es preciso ningún tipo de mediación o gestión entre el Gobierno y Eta. La única solución es que la banda abandone la violencia. «Existe ya la perspectiva de que la tregua de 1998 fue sólo una excusa de los terroristas para rearmarse». ¡Pero no decía el Gobierno en aquellas calendas que el Estado de Derecho no estaba en tregua? ¿Cómo «consintió» el rearme etarra? Además, nadie había hablado ni de mediación ni de tregua. ¡Por qué ponerse el parche, por qué los antibióticos antes que la enfermedad? Hablar de una solución pacífica y de cualquier colaboración para hacerla realidad es mentar la soga en casa del ahorcado. La bicha. Mientras los heraldos aznaristas se removían como hienas perturbadas, el Gobierno vasco expresaba su «agradecimiento por cualquier tipo de contribución, en el grado que sea, para alcanzar la paz». El sufrimiento del Gobierno español eran tan patente que el Vaticano se sintió obligado a una aclaración. Su portavoz volvió a la palestra para desmentir que el cardenal Tauran hubiese hablado de mediación. Sólo de colaboración. Si embargo, en la Iglesia vasca lo tenían muy claro: el Vaticano ha bendecido los intentos del obispo Uriarte para relanzar una mediación. ¿Cómo va a colaborar, si no, la Iglesia a una solución pacífica? ¿Rezando, ofreciendo la hostia santa, llamando a maitines, bendiciendo el «paquete» de Mayor como si fuese una endecha a los derechos humanos? Apesadebrado como creían tener el problema en sus más ínfimos confines policial-judiciales y los jode el Vaticano. Mi primo Joaquín Navarro Valls se equivocaba, cuando niño, al recitar los mandamientos de la Iglesia: «fornicar por pascua florida», decía. Yo acertaba más: «contra lujuria, cantidad». Lo mío no afectaba frontalmente a la pascua florida. Ni al Ecclesiastés: «Los ojos del necio vagan erráticos sobre la faz de la tierra».

Joaquín NAVARRO

